



Las parcelas también sirven para criar gallinas. / RUEDA VILLAVERDE



Las verduras ocupan un lugar privilegiado. / RUEDA VILLAVERDE



Girasoles crecidos. / RUEDA VILLAVERDE

Huertos urbanos, conexión con la naturaleza lejos de la ciudad

Noventa personas viven una alternativa de ocio sostenible que les permite autoabastecerse de productos ecológicos

PATRICIA VERA / CIUDAD REAL

A sólo un par de kilómetros de Ciudad Real, en la carretera de Piedrabuena, nació hace un par de años una iniciativa que a día de hoy continúa andando despacio pero con paso firme: los huertos urbanos. Su fundador fue Enrique Molina, que apenas sabía detalles de cómo cuidar una huerta y ahora se ha hecho todo un experto a fuerza de trabajarlo. Se ha convertido en maestro improvisado de todos los que se han decidido a escapar del hormigón y el cemento y apuntarse a una alternativa de ocio sostenible.

Esta peculiar comunidad de vecinos está formada por unas 90 personas que ocupan 30 de las 60 huertas disponibles de 60 metros cuadrados. Aunque el espacio pueda parecer pequeño, es más que suficiente para plantar una gran variedad de vegetales de temporada e ir recogiendo sus frutos todo el año, de forma que, si se cuida bien, el autoconsumo está garantizado. El precio es de 60 euros (más IVA) al mes e incluye el riego por goteo, de forma que los inquilinos no tienen por qué ir todos los días. Si tienen que estar pendientes de cavar la tierra, plantar las

semillas, apartar malas hierbas, guiar las matas y recolectar, entre otros labores. A estas pequeñas fincas han llegado también las gallinas, que surten de huevos frescos a sus propietarios sin obligarles a ir al supermercado y requieren muy pocos cuidados.

Aunque la de las huertas urbanas es una posibilidad nada desdeñable para los que prefieren productos ecológicos (sin ningún producto químico añadido), la realidad es que a estos nuevos agricultores les empuja algo más.

Molina pensó en esta modalidad de negocio pensando en los jubilados que quisieran aprovechar su tiempo libre y disfrutar de

un pedazo de tierra más allá de un piso de 90 metros cuadrados en Ciudad Real, pero se ha encontrado con la sorpresa de que casi todos sus clientes rondan la treintena. Algunos pertenecen a colectivos relacionados con la solidaridad e implicados en iniciativas de corte social. Así, Amnistía Internacional o los 'indignados' del 15-M llevan ya un tiempo ocupándose de la tierra y celebrando asambleas extraordinarias bajo el sol manchego.

Hay también matrimonios amigos que comparten una de las huertas y llevan a sus niños a pasar el día. Esto le hace pensar a Enrique Molina que tiene que contemplar algunas cosas que no

había previsto, como un espacio para que los niños jueguen mientras sus padres manejan las herramientas y que les inicie también en el cuidado del campo.

El autoconsumo y las ganas de conectar con la naturaleza, de aprender un oficio ancestral o de reivindicar los productos naturales se unen en estas pequeñas parcelas en las que crecen algo más que frutos: relaciones personales. Y es que descubrir secretos sobre las plantas, compartir una azada o pedir una ayuda cuando se necesita una más de lo que parece en un principio, así que muchos de los que dedican parte de su tiempo libre a cuidar la tierra han trabado verdadera amistad.



Vista de algunas de las huertas alquiladas. / RUEDA VILLAVERDE

EXPERIENCIA PERSONAL



Marta, una de las agricultoras. / RUEDA VILLAVERDE

Autosuficiencia y aprendizaje

Marta es una de las agricultoras que llega a Las Huertas guiada más que nada por su afán de aprender. Apenas lleva un mes entre tomates, judías verdes y plantas aromáticas y ya lamenta no tener más tiempo para dedicarse a una *hobby* que acaba de descubrir. «Me gusta aprender cosas, ahora estoy 'virgen' pero espero poder estar dando clases dentro de un año», bromea. A sus 50 años, «y tras haber recorrido medio mundo», según sus palabras, aprovecha su tiempo libre para aprender los trucos de la agricultura en su parcela de 10x6.

«Me gusta ser autosuficiente y ahora quiero aprender a cultivar estas cosas», señala a la vez que agradece los consejos de los responsables de Las Huertas, Enrique y María Ángeles. Con buen humor, maneja la azada y sostiene las matas de tomate en

las guías, aparta malas hierbas, revisa el goteo y cuenta que «la alimentación cada vez está peor» y prefiere comer productos que no llevan ningún añadido químico.

Llena de energía, no para de sugerir ideas sobre lo que se puede hacer. Y es que, además, aprovecha Las Huertas para reforzar relaciones sociales: «A veces me traigo un amigo, me ayuda a limpiar las plantas, luego le invito a una caña y él lo agradece», comenta. Llega a su parcelita dos o tres veces a la semana que, aunque en su opinión no es mucho, el rato que va se «pega un palizón». Esta forma de agricultura a pequeña escala no la ata, y eso es lo que le gusta: «Si me canso de esto o aprendo todo lo que quiero, lo puedo dejar; no necesito una propiedad que me esclavice», concluye.